

que iba a tener a su Padre hasta el punto de morir muerte de cruz.

Este nombre santísimo de Jesús se lo impuso San José el día en que le circuncidaron.

«Pasaron, dice San Lucas, los ocho días para la circuncisión. Y se puso al niño el nombre de Jesús, como le había llamado el ángel antes de haber sido concebido en el seno».

Antes se le había llamado Hijo, y este nombre y Dios eran sus propios nombres, mientras estuvo en el seno del Padre. Cuando fué concebido en el seno de su Virgen Madre había de recibir otro nombre.

Este lo solían imponer los israelitas en la circuncisión, así como nosotros lo acostumbramos imponer en el bautismo. Por razones que no hay ahora ocasión de exponer, Dios al formar con Abraham la alianza de que nacería de su descendencia el Salvador y del Salvador por un nacimiento espiritual y sublime, muchísimas gentes, había mandado que todos los varones que quisiesen pertenecer a este su pueblo, al pueblo de Dios, recibiesen en su cuerpo una marca sangrienta. Según esta disposición de Dios, Abraham se circuncidó a los 99 años y circuncidó a su familia toda, para de este modo inaugurar el pueblo circuncidado.

En esta ceremonia se producía una pequeña mas sangrienta herida, y mediante este símbolo se significaba la nota del pecado original, y según algunos se le imponía remedio, se señalaba la circuncisión del corazón, mediante la cual se cohibían las pasiones y depravadas concupiscencias del hombre caído, y se daba gracia para ella.

De ahí se ve cuán humillante debía ser para Jesús someterse a este rito. Siendo Dios, no podía ser jamás bajo ningún concepto excluido del pueblo de Dios; siendo rectísimo, no necesitaba de rectificación ni circuncisión de afectos; siendo autor de toda la gracia que se daba en el mundo, no podía recibir gracia ninguna. Pero Jesucristo, aunque no estaba obligado quería voluntariamente sujetarse a la ley, y obrar en todo conforme a ella, de manera que pudiera decir con verdad lo que después dijo: «No he venido a disolver la ley, sino a cumplirla».

La manera como se llevaba a cabo la circuncisión era poco más o menos esta. En la misma casa del recién na-

cido o en la sinagoga, nunca en el templo, un circuncidador designado para ello, llamado *mohel* o también el mismo padre del niño, asistido del padrino y rodeado de diez personas tomaba al infante, e hiriéndole según el rito con un cuchillo de pedernal, decía: «Bendito sea el Señor, nuestro Dios, que nos ha santificado por sus preceptos y nos ha dado la circuncisión». El padre o alguno de los circunstantes añadía: «Nos ha santificado por sus preceptos, y se ha dignado introducirnos en la alianza de Abraham nuestro Padre». Acabada la ceremonia decían tal vez los circunstantes: «¡Viva el que Jehová ha escogido por hijo suyo». Restañaba el mohel la sangre, curaba la herida, y se imponía el nombre al niño ya circuncidado. La fiesta de familia y las felicitaciones terminaban la circuncisión.

Era, pues, la mañana del primer día en que ahora comienza el año, y en que también nuestro Redentor empezaba a derramar la sangre infantil con que había de pagar y redimir nuestros pecados y nuestras incircuncisiones. Vino el mohel, o quizás más seguramente el mismo José, tomó a su niño en sus brazos, y con todo respeto y cariño hirió con el pedernal aquel cuerpecito inocente que pagó las primicias de su sangre por nuestras culpas. Dijo las preces y oraciones que en estos casos se acostumbraban, y poniendo al infante el sacrosanto nombre de Jesús, cumplió con la misión que le había dado el ángel, cuando le dijo: «Le llamarás Jesús».

Jesús en hebreo es Yesua, abreviatura de Yehosua, que es nombre compuesto de *Yeho*, que es Jehová, y *Yesua*, que es salud. Por donde Jesús significa lo mismo que Dios-salud o Dios salvador.

Otros habían llevado este nombre, como Josué, que es lo mismo que Jesús, pero nadie lo había llevado con derecho, impuesto por consejo de lo alto como nuestro Redentor, a quien el Padre Eterno por medio de San Gabriel quiso que se le impusiese.

Jesús es el nombre adecuado y personal del Verbo encarnado. Es decir, el nombre que llena toda su misión y toda su historia, sin que nada falte ni sobre.

Todo lo que es nuestro Redentor está encerrado en este nombre.

Y por tanto todos los nombres están incluidos en él, todos los títulos están encerrados en él. Todos los cargos y todos los beneficios que hizo a la humanidad están significados en él. Jesús y nada más que Jesús ha sido Jesús para nosotros, y diciendo Jesús decís todo cuanto de Jesús decirse puede.

No hay en la tierra ni el cielo nombre más venerando, más augusto ni más dichoso. Y con razón pudo decir San Pablo que al oírlo se arrodillan en el cielo los que por Nuestro Señor se salvaron, en la tierra los que de él están recibiendo la salvación, y en los abismos los que por no haberse querido salvar en él por amor, están ahora perdidos para siempre y sujetos a su majestad por temor y castigo de la justicia divina.

Entre los demás nombres que Jesucristo tuvo en este mundo dados por las sagradas escrituras hay otro que suele ponerse al lado del de Jesús. Es el de *Cristo*.

Ya en otro sitio dijimos lo que significaba y por qué se le daba a Jesús este nombre. Cristo, lo mismo que Mesías, era lo mismo que *el unguido*, el que había de ser el enviado por Jehová a su pueblo para que fuese aquel rey de quien tantas esperanzas se habían depositado en el Antiguo Testamento.

Jesús era el nombre personal y propio del Verbo encarnado.

Cristo era el nombre oficial de su dignidad mesiánica.

Jesús es más amable.

Cristo más respetuoso.

La Iglesia ha unido sabiamente los dos nombres de modo que formen un solo, *Jesucristo*, mezcla sublime de amor, y de dignidad, que infunde a la vez reverencia y dulzura.

Nada se piensa más dulce,
Nada se canta más suave,
Nada se escucha más grato,
Que Jesús Hijo del Padre.

Así cantaba y con razón San Bernardo.

La última palabra, que se nos ha de decir a la hora de la muerte por tres veces por el sacerdote, será esta: ¡Jesús! Jesús! Jesús!

Sea ella el sello de una vida cristiana, en la cual más aún que con las palabras con las obras hayamos dicho aquello de San Francisco de Asís: *Jesus meus et omnia*, Jesús es para mí todo.

29. LA PRESENTACIÓN Y PURIFICACIÓN

(L. 2, 22-39)

Había que cumplir otras dos leyes a que tampoco en realidad estaban obligados ni Jesús ni María, pero al que lo mismo que a la de la Circuncisión y a toda la ley voluntariamente se quisieron sujetar.

Era ley dada por medio de Moisés al pueblo que la mujer que hubiese tenido un hijo se presentase a los cuarenta días en el templo a purificarse; y si el hijo era el primogénito lo debía consagrar al Señor y dejarlo en el templo dedicado al servicio de Jehová. Siguiendo el Señor en las personas la misma ley que en las cosas y frutos y animales de la tierra, así como exigía las primicias de todos los bienes, así también reclamaba para sí y para su servicio los primogénitos varones de su pueblo.

Luego el Señor adoptó a la tribu de Leví en premio de su fidelidad con Jehová y con Moisés, para que ella ejerciese el culto del templo. Se conservó, sin embargo, la costumbre de ofrecer a Dios los primogénitos, si bien después de hecha la oferta y consagración los rescataban sus padres ofreciendo por ellos cinco siclos, que vendrían a ser como quince pesetas o veinte. Con esto quedaba libre el primogénito y le sustituía uno de los levitas en la prestación del servicio en el templo.

Al presentarse el hijo para el ofrecimiento, y la madre para su purificación debían ofrecer a Dios como víctima un cordero añal o si la familia era pobre un par de tórtolas o palominos.

Purísima era María y no tenía ni culpa ni mancha ninguna, ni legal siquiera, por la que debiera presentarse al templo á pedir la purificación de lo que de ningún modo estaba manchado.

Dueño de todas las cosas, e Hijo que no siervo era Je-

sucristo, y por tanto no tenía que presentarse a Jehová con quien era idéntico en dignidad y en esencia.

Pero además de que la gente no sabía los misterios augustos que aquella Sagrada Familia encerraba, Jesucristo quería honrar la ley antigua, y presentarse también como primogénito de toda criatura ante el Padre para simbolizar la presentación que por nuestra redención más tarde había de hacer de sí mismo en la cruz.

Parece, aunque estos puntos están un poco oscuros en el Evangelio, que San José y María conocidos ya en Belén por lo que de ellos se había hablado por los pastores y vecinos encariñados, amados y tal vez animados por los belemitas, pensaron trasladar de Nazaret a Belén su morada. Los invitaba aunque no sea más que el recuerdo de su regío abuelo David, y tal vez no poco la proximidad de Jerusalén y su templo, y sus propios parientes que allí tendrían, ya más propicios que cuando allá fueron antes de nacer Jesucristo.

Y es muy probable lo que creen muchos que con este designio se fueron a Nazaret para levantar de allí su casa, recoger su ajuar y sus bienes, que no serían muchos, y despedirse de los suyos. De paso, ya que tenían que pasar por Jerusalén, dispusieron el viaje de modo que cayesen en la ciudad y en el templo el día de su purificación.

El día, pues, 2 de Febrero á los cuarenta del Nacimiento del Salvador, Jesús en brazos de María y acompañado de José vino al templo que edificó Zorobabel y cumplió la profecía de Ageo que al verlo edificar decía:

«Vendrá el Deseado de todas las gentes y llenaré de gloria este templo... Mayor será la gloria de este templo novísimo que el del primero (de Salomón); en este sitio daré yo paz» (Agg. 2,79).

Al ir a presentarse al Sacerdote les sucedió un caso maravilloso. Porque «había en Jerusalén un varón, llamado Simeón, hombre justo y timorato, que estaba esperando la consolación de Israel», es decir, la redención y venida del Mesías, consolador y salvador de su pueblo, la venida del Jesús Cristo.

No se sabe quién hubiese sido este Simeón, ni parece que fué ninguna persona notable, y de seguro que no fué

sacerdote. Eso, sí, era justo, virtuoso, y «el Espíritu Santo estaba en él. Y había recibido una revelación de este Espíritu Santo de que no vería la muerte antes de ver con sus ojos al Cristo de Jehová. Inspirado por el Espíritu vino al templo, y al entrar al Niño Jesús sus padres, para cumplir por él lo que es costumbre de la ley», lo miró, e inspirado por el Espíritu Santo lo conoció, y supo que aquél era en verdad el que él esperaba ver antes de morir, y arrebatado de gozo divino, se lanzó, «tomólo en sus brazos, y empezó a alabar a Dios, diciendo:

Ahora ya, Señor, dejas morir a tu siervo
En paz según tu promesa,
Porque mis ojos han visto a tu salud
Que has preparado a la faz de todos los pueblos,
Como luz que iluminará a las gentes,
Y gloria de tu pueblo Israel».

Oh! qué bien conoció aquel santo anciano al Salvador y qué poderosa inspiración recibió del Espíritu Santo para en tan pocas palabras encerrar todo el misterio de la Redención. Sorprendidos por un caso tan notable «quedaron sus padres admirados de lo que del Niño se decía» y de lo bien inspirado que aquel anciano estaba del cielo.

El cual no acabó con este cántico, sino que vuelto a los padres los felicitó, y hablando a la madre y señalando al Niño le dijo:

«Este ha sido puesto para caída y levantamiento de muchos en Israel. Él será una bandera a la que se hará guerra (y la espada atravesará aun tu propia alma) para que se vean los pensamientos de muchos corazones».

Porque en efecto había muchos hipócritas y falsos israelitas, que no tenían más que el orgullo de su nación y el egoísmo explotador del mesianismo.

Pero cuando Jesús el Salvador prometido y el Cristo suspirado por los verdaderos israelitas apareció en Israel y levantó su bandera, su bandera sobrehumana, su cruz, entonces se descubrieron las mezquindades y falsías de muchos, de los más de los judíos. Muchos que estaban caídos se levantaron y fueron con sinceridad a la bandera de Cristo, y muchos que estaban levantados y erguidos en los

puestos principales del pueblo de Dios cayeron para no levantarse jamás de su postración, ni siquiera después de veinte siglos que desde entonces han pasado.

Salváronse *las reliquias* de Israel, que había profetizado tantas veces Isaías, es decir, los buenos y legítimos israelitas que Jehová conservaba para de ellos sacar su Mesías y entre ellos salir y llevar la luz al mundo, llenando de gloria al pueblo de quien había salido el Mesías según las esperanzas prometidas al gran padre Abraham y sus hijos.

Hoy sigue la lucha también, y en medio de ella tremola nuestra inmortal bandera sostenida por Jesucristo.

Todo el mundo se divide en dos bandos; los que contradicen a esa bandera de la cruz, y los que la defienden y mueren a su sombra.

Los primeros tropiezan en Cristo y caen sin remedio a sus plantas, los segundos se levantan al tocar a Cristo, y por su potente diestra surgen inmortales a la resurrección eterna.

Es seguro que al ver aquel grupo y escuchar aquellas palabras de aquel anciano conocido sin duda en el templo por sus asiduas visitas y oraciones, se juntarían otros a escuchar lo que pasaba y se decía, y escucharían estupefactos aquellos vaticinios.

Entre el grupo de los que allí se arremolinaron debía estar una anciana virtuosa también y verdadera israelita, ilustrada como Simeón por el Espíritu Santo, profetisa, como la llama el Evangelista San Lucas, es decir, mujer dotada de espíritu profético para animar al pueblo y consolarlo con la esperanza de Cristo, y aun también para predecir lo futuro. Hablando así con todos los fieles que querían escucharla, pasaba su vida en el templo, o porque, según algunos, vivía en él entre las viudas en habitaciones a ellas destinadas en lo exterior del templo, ó porque según parece más probable, frecuentaba tanto el templo que se podía decir que se pasaba en él la vida dedicada al culto.

«Vivía entonces, dice el Evangelio, Ana, una profetisa hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Era muy avanzada de edad, había vivido con su marido siete años desde su virginidad y después viuda hasta los ochenta y cuatro años. No se apartaba del templo, y daba culto a Dios de día y

de noche con oraciones y ayunos. Esta, acercándose en aquella misma hora empezó a su vez a alabar a Dios» como respondiéndolo y confirmando, según indica el Evangelio lo que decía el anciano Simeón, «y seguía hablando de aquel niño a todos los que estaban aguardando la redención de Israel».

Cuando cesaron estas alabanzas y entusiasmos, probablemente acompañados de otra gente que al oír estas felicitaciones se reuniría alrededor de la Sagrada Familia, se adelantaron. Purificóse, según los ritos acostumbrados, la Madre, aunque era inmaculada y nada tenía de qué purificarse. Y no pudiendo ofrecer para víctima por la purificación un cordero de un año, como solían hacerlo los ricos, ofrecieron, como pobres, dos tórtolas o dos palominos.

Acabado el rito de la purificación, procedieron a la presentación del primogénito. La Madre, y quizás más probablemente San José, que hacía de padre, presentó al Unigénito de su Esposa, y Unigénito también del Eterno Padre, en la puerta meridional ante el patio de los sacerdotes.

De allí fué Jesús llevado al sacerdote, quien lo aceptó, lo bendijo, y lo devolvió a sus padres mediante la suma de los cinco siclos, bien ajeno de que por aquel niño había de ser él y todos los hombres comprados y redimidos de la deuda eterna de nuestros pecados, no por cinco siclos, sino por cinco fuentes de su sangre preciosísima de Cordero Inmaculado.

«Cuando cumplieron todo, según la ley del Señor, se volvieron a Galilea a su ciudad de Nazaret».

30. LA EPIFANÍA

(Mt. 2, 1-12)

Poco tiempo debieron estar en Nazaret, lo suficiente para recoger sus cosas, recibir las felicitaciones de sus parientes y despedirse de ellos. Pronto volvieron a Belén a establecerse en aquel pueblo donde ya con tantas simpatías debían contar, y en el que esperaban por una parte vivir más tranquilos, y por otra más satisfechos en la ciudad y patria de David y ya también de su esperado nieto el Mesías.

Entretanto venían ya del Oriente las primicias de la gen-

tilidad a presentar sus ofrendas y adorar también ellos al que era Jesús y salud, no solo de Israel, sino de todos los pueblos.

«Nació Jesús, dice San Mateo, y después que nació, mientras reinaba Herodes, he aquí que vinieron del Oriente unos magos a Jerusalén preguntando:—Dónde está el nacido Rey de los Judíos, porque hemos visto su estrella en el Oriente y hemos venido para adorarle».

Ya comienza a ser llamado Rey de los Judíos al nacer, el que al morir será también titulado Rey de los Judíos.

¿Quiénes eran estos magos? y de qué Oriente venían? y qué estrella vieron?

Eran entre los persas y medos los magos los descendientes de uno de los pueblos más antiguos de que su nación se había constituido. Desdeñando mezclarse con otras familias, poco a poco se fueron aislando y formando ellos solos superior y noble una casta aparte, que conservaba entre sus atributos hereditarios el servicio del culto y el oficio y dignidad sacerdotales. Jactábanse de ser más distinguidos y sabios que los de otras familias y castas, y si bien no todos eran ni sacerdotes, ni sabios, pero todos se consideraban como más notables que el vulgo, y de ellos se elegían los jefes supremos, los altos consejeros, los sacerdotes, los sabios, los intérpretes de sueños y dificultades, los ocultistas conocedores de los secretos de la naturaleza. La astronomía y la historia natural eran sus principales conocimientos. Hombres muy leídos y curiosos, emprendían para instruirse grandes viajes y dedicaban mucho tiempo a sus estudios. Con lo cual conservaban entre los suyos grande superioridad intelectual y mucha dignidad moral y siempre alguna nota o carácter religioso.

El extenso conocimiento que tenían de lo que el vulgo ignoraba, y algunas de sus prácticas singulares, sobre todo las que debieron frecuentar abusando algunos magos o falsos o de menos dignidad que su raza, hizo que el nombre de *magos* y *magia* viniese a significar lo que de ordinario hoy significa, un arte de engaños, de hechicerías y supersticiones malélicas, propio de gente ruin y charlatana, que en nada se parece á la dignidad original de los magos.

Nuestros magos, verdaderos magos, vinieron del Orien-

te, y si bien el Oriente es una región muy vaga, y son muchas las opiniones acerca del sitio de su origen, lo más seguro parece que vinieron de Persia, donde principalmente residían los magos.

No cabe dudar que estaban instruídos acerca de las esperanzas mesiánicas, sea por sus conocimientos generales de religión y moral adquiridos en sus viajes, sea sobre todo por la mucha comunicación que entre ellos y los judíos debió haber en tiempo de la cautividad de Babilonia, durante la cual, pudieron enterarse de los libros Santos y profecías del Pueblo de Dios.

Comunmente se los tiene por reyes, pero no hay ningún fundamento para ello, ni en el Evangelio ni en la primera antigüedad. Todo lo más que puede decirse con los más acreditados escritores, es que por su nobilísima calidad y posición, y por el respeto con que eran considerados en su patria, eran poderosos y príncipes, tales en fin que, según frase de Tertuliano, el Oriente los respetaba poco menos que como reyes.

Tampoco se sabe bien cuántos eran. La tradición o más bien la creencia más general es de que fueron tres. Pero la tradición siria y armenia pone doce, y los monumentos antiguos unos pintan tres, otros cuatro, otros ocho, y aun alguna pintura de las Catacumbas pone dos. Debemos pensar que por lo menos fueron tres, a los cuales la Iglesia designa ahora con los nombres de Melchor, Gaspar y Baltasar, más bien por señalarlos de alguna manera como lo ha hecho con otros santos cuyo nombre ignoraba, que porque así fuesen de verdad sus nombres.

El Venerable Beda escribió lo que en su tiempo refería la leyenda diciendo:

«El primero se dice que fué Melchor, quien anciano y cano, dotado de lengua barba y larga cabellera ofreció a Jesús el oro como a Rey y Señor».

«El segundo Gaspar, joven, imberbe, rubio, le honró como a Dios con incienso».

«El tercero moreno, con toda su barba, llamado Baltasar, ofreció mirra, profesando así que el Hijo del Hombre había de morir».

Pero nada de esto consta por el Evangelio.

Lo cierto es que, observando sin duda como de costumbre los astros, vieron en el cielo una estrella, y conocieron que era la estrella del Rey de los judíos. Así la llamaban ellos: *su estrella*.

Debieron conocerla no porque su luz o su forma tuviese ninguna particularidad tan notable que en ella se conociese ser estrella del Mesías, sino porque el mismo Señor que se la enviaba, les dió a entender por revelación interior o de otra manera clara que aquella era su estrella, y señal de que había nacido el Rey de los judíos, el gran Rey y Cristo esperado de los pueblos.

No os empeñéis en explicar esta estrella por reglas astronómicas, ni por conjunciones de astros y planetas, como algunos han soñado, sobre todo después de los cálculos de Kepler para el año del nacimiento del Señor.

Según se deduce del Evangelio, esta estrella fué un meteoro luminoso distinto de todos los demás meteoros y estrellas ordinarias. Apareció en Oriente, y una vez que por él los Magos conocieron haber nacido el Rey de los judíos, desapareció según parece. Volvió a reaparecer cuando, como veremos, los Magos salieron de Jerusalén, y de tal manera que, lo que con ninguna estrella sucede, pudo irles señalando con su movimiento el camino, y con su parada sobre la casa de Jesús, el sitio en que moraba el Rey buscado.

Una vez que vieron la estrella y conocieron haber nacido el Mesías, prepararon sus regalos magníficos, y montados en sus camellos y formados en caravana se pusieron a caminar determinados á Judea, donde o por las noticias que tenían o por sus tradiciones y estudios, o por revelación, sabían que debía nacer el Rey que buscaban.

Si bien la liturgia celebra la fiesta de la Epifanía (que significa la *manifestación* de Jesucristo a los gentiles) a los trece días del nacimiento, no por eso se debe creer que los magos vinieron en tan breve espacio. Lejos de eso no llegaron a Belén sino después de la presentación y probablemente un año después del nacimiento.

Si la estrella se les apareció el día del nacimiento, como parece lo más natural, distando la capital de Persia unos 2.000 kilómetros, y suponiendo que la caravana caminase

a marchas regulares de 40 o 50 kilómetros, que suelen hacer los camellos en viajes largos, tardarían lo menos cuarenta días, y con los preparativos y con algunas detenciones que tuviesen en el camino, se pasaría de seguro mucho más. Y si bien nada de cierto puede decirse, pero parece bien verosímil que emplearon en tal viaje un espacio bastante largo, que lo menos duraría tres o cuatro meses, y más bien como un año.

Caminaron, pues, llenos de fe ardiente y de esperanza y llegaron ansiosos a la Corte del Gran Rey. Grande debió ser su sorpresa al ver en la capital que nadie hablaba del Rey de aquella estrella, a quien ellos tan afanosos venían buscando desde el fin de la tierra!...

A pesar de todo y como la cosa más natural del mundo, comenzaron sin recelo ni vacilación a preguntar a los que encontraron: «¿Dónde está el nacido rey de los judíos, porque «hemos visto su estrella en Oriente y venimos a adorarle?»

En Jerusalén, había, sí, un rey, pero ese rey era Herodes, rey usurpador, rey aborrecido, rey sangriento y receloso que por doquiera veía sombras de usurpadores y fantasmas de conjurados para destronarle.

La pregunta de los Magos era muy peligrosa y la respuesta también. Por eso nadie debió ni responderles, por el miedo.

Tembló toda la ciudad de Jerusalén, y más que nadie tembló Herodes cuando llegaron a sus oídos estos rumores como dice el Evangelio. Pero, astuto como era, disimuló y combinó sus planes.

«Reunió a todos los príncipes de los Sacerdotes y a los Escribas del pueblo (*que eran los instruidos en interpretar la Sagrada Escritura*) y los iba preguntando dónde debía nacer el Cristo. Y le dijeron: En Belén de Judá; porque así está escrito por el Profeta, que dice: y tú, Belén, tierra de Judá, no eres la más pequeña entre las principales villas de Judá; porque de tí saldrá el capitán que debe regir a mi pueblo Israel».

Calló Herodes y los despidió. Y luego sin testigos «llamó secretamente a los Magos, se enteró de ellos con mucho cuidado acerca del tiempo en que se les apareció la estre-

lla, y despidiéndolos para Belén, les dijo: Id, averiguad bien lo de ese niño, y cuando lo halléis, enteradme de todo, para que yo también vaya y le adore».

No sospechaban los Magos la hipocresía y fingimiento, la rabia y venganza que ocultaban y preparaban estas palabras. Oyeron al Rey, y tranquilos salieron.

«He aquí que al salir, aquella estrella que habían visto en Oriente, se puso a caminar ante ellos, hasta que llegada se paró sobre el sitio en que estaba el Niño».

«Grande fué el gozo que tuvieron al ver la estrella. Y entrando en la casa (porque ya la Sagrada Familia había salido del establo, y sin duda se había acomodado en una casa) encontraron al Niño con María, su madre, y postrándose le adoraron, y extendiendo sus tesoros le ofrecieron como regalo oro, mirra e incienso».

Tales eran los presentes que ofrecían en sus tierras, de gran valor y estima, y sin duda ninguna que traerían lo mejor de ellas, para presentarlo a un Rey a quien, y con razón creían tan grande.

Tal vez acariciaban la idea de descansar algún tiempo en la dulce compañía de aquella santa familia, en la que su fe tantas grandezas había visto y adorado, y al lado de aquella dulce Señora y Madre Virgen que tan hermosas nuevas les habría contado, y con esta esperanza se durmieron, cuando he aquí que durante el sueño les dicen que no vuelvan a Herodes. Ya quizás ellos habrían empezado a dudar de la buena fe de aquel tirano. Pero confirmados por esta revelación y mandato, se levantaron y volvieron a su tierra por otro camino sin pasar por Jerusalén.

¡Día dichoso! en él empezamos los gentiles a ser pueblo de Dios. Los Magos son nuestros padres, nuestros introductores, primogénitos de *las gentes* en la fe!

Aquel día era el que tuvo presente Isaías cuando dijo lleno de entusiasmo al ver que los gentiles entrábamos en el pueblo de Jehová: «Levántate, ilumínate Jerusalén, porque viene tu luz y la gloria de Jehová ha nacido sobre tí. Las naciones vendrán a tu luz y los reyes hacia la claridad de tu aurora. Levanta tus ojos a tu alrededor y mira: todos se juntan, todos vienen a tí. Tus hijos te vienen de lejos, y tus hijas vienen en brazos. Tú lo verás y estarás radiante,

y saltará de gozo y se admirará tu corazón. La riqueza del mar vendrá a tí, y la fortaleza de las naciones acudirá a tí. Un diluvio de dromedarios te inundará; los camellos de Madián y de Efa. Todos vendrán de Saba, trayendo oro e incienso, y publicando las alabanzas de Jehová (Is. 60).

«Alégrate, estéril que no tienes hijos, canta y triunfa, tú que no engendras. Porque tus hijos serán muy numerosos. Ensancha el espacio de tus tiendas, despliega las lonas de tu morada; no tengas miedo, haz muy largos los cordeles, y clava muy bien los clavos. Porque tú te extenderás a diestra y a siniestra, y tu descendencia tomará posesión de las naciones, y ocupará las ciudades desiertas. Porque tu esposo es tu Criador, Jehová de los ejércitos es su nombre, y tu Redentor es el Santo de Israel; Dios de toda la tierra se llama» (Is. 54).

Este día empezó a cumplirse esta profecía. Y en él hubiera podido San Pablo decirnos a todos como dijo después a los Efesios: «En aquel tiempo estabais sin Cristo, fuera de la sociedad de Israel, extranjeros a la alianza, sin la esperanza de las promesas, y sin Dios en el mundo. Pero ahora por Jesucristo los que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido aproximados cerca por la sangre de Cristo. Porque él es nuestra paz, y el que hizo de dos pueblos uno, derribando la tapia de separación y la enemistad por el sacrificio de su carne» (Eph. 2, 12, 13-14).

31. A EGIPTO

(Mt. 2, 13-15)

Salieron los magos, quizás la misma noche del día en que llegaron, y apenas idos ellos «de nuevo el ángel se apareció durante el sueño a José y le dijo:

«—Levántate y toma al Niño y a su Madre y huye a Egipto, y quédate allí hasta que yo te diga, porque Herodes va a buscar al Niño para matarlo.

»Se levantó José, tomó al Niño y a su Madre, y de noche todavía, se retiró a Egipto».

Distaba la frontera egipcia solo dos ó tres días de camino. Aun para llegar al centro de la nación bastaba una semana de viaje.

Tal vez al principio echaron los desterrados por senderos desviados del camino general, con el intento de no ser alcanzados por los que Herodes pudiera mandar en su persecución. Pero luego entrarían en el camino ordinario.

Pasaron, según algunas tradiciones, aunque todas ellas muy oscuras, por Gaza, que está en la costa del Mediterráneo, a 150 kilómetros de Belén. Allí es fácil que libres ya del alcance de emisarios descansasen un poco: luego proseguirían a lo largo de la costa, pasando, según hoy recuerdan más o menos vagamente, por Rafia, Faramah, Pelusa, Bubasti a Mataryiehn o a Heliópolis.

De las peripecias de este viaje nada nos refieren los evangelios verdaderos, sin duda porque nada sucedió maravilloso.

Los evangelios apócrifos, sí, nos refieren maravillas sin cuento. Las flores y rosas se abrían a su paso, las palmeras les ofrecían abundante fruto inclinando sus ramas, las fuentes brotaban al punto de su sed, los animales se rendían a sus plantas, los ídolos caían deshechos, los demonios huían espantados, la superstición se deshacía á la presencia del Mesías, Rey de la creación.

Nada de esto es cierto. Caminaron padeciendo y sufriendo como cualquier pobre viajero de nosotros hubiera sufrido y padecido, y esto sí que es muchísimo más poético y sublime, y sobre todo muchísimo más amable en el que tanto nos amó, que se hizo igual a nosotros en todo, menos en el pecado.

Varios son los sitios de Egipto, casi todos en el Delta, que conservan recuerdos de la estancia o paso de la Sagrada Familia, y en varios de ellos pudo muy bien detenerse, pues no serían pocos los colonos judíos que moraban en Egipto, nación que en muchas ocasiones servía a los israelitas o de expansión de tráfico o de refugio en las persecuciones. Eran tantos los emigrantes judíos en Egipto, que en tiempo de Tolomeo Filometor habían edificado un templo parecido al de Jerusalén en Leontópolis, y al comienzo de la era cristiana constituían la tercera parte de los habitantes de Alejandría y una porción muy considerable de la población de Heliópolis.

De creer es que José se dirigiría a alguno de estos gru-

pos, y principalmente a los de Alejandría, y que con la reserva y prudencia que le imponía la circunstancia de haber salido perseguidos por el Rey de los judíos, se valdría de sus relaciones de compatriota para con los demás israelitas. Algo le servirían para afrontar las primeras dificultades hasta empezar a ganar en su oficio los dones que les habían dado los Magos.

32. MUERTE DE LOS SANTOS INOCENTES

(Mt. 2, 16-18)

Entretanto Herodes estaba sin duda esperando la vuelta de los orientales, persuadido de que los tenía muy bien cogidos y engañados.

Pasaron un día, dos, tres, más... y no aparecían los Magos.

Envío entonces, sin duda, quien averiguase lo que les había pasado, y cuando supo que ya se habían partido hacía tiempo sin pasar por Jerusalén, como lo esperaba y se lo había pedido, él, que era cruel y déspota con los inferiores «viendo que había sido engañado por los Magos, llenóse de ira y envió a matar a todos los niños que había en Belén y en todas sus cercanías, desde los de dos años abajo, guiándose por los datos de tiempo que había averiguado de los Magos».

Sencillamente, según la costumbre evangélica, lo cuenta San Mateo. Pero es muy fácil que Herodes, viendo que los Magos se habían ido sin verle a su vuelta, enviase a Belén quienes se informasen del sitio en que ellos habían entrado y en que vivía aquel Rey misterioso, que tanto le intranquilizaba.

Belén era una aldea de tres mil habitantes poco más o menos, y muy cercana a Jerusalén, y eran fáciles estas averiguaciones. Pero como para cuando fueron los emisarios de Herodes ya el niño y su familia había desaparecido, y por haber salido de noche, nadie del pueblo le pudo dar cuenta de dónde se había refugiado, resolvió, para que no se le escapase el Rey niño, matar a todos los niños de su edad que hubiese en Belén. Con lo cual al propio tiempo se vengaría de lo que él quizás creyó conjuración de los Belemitas para no descubrir al Cristo Infante.